

EL ESPÍRITU DEL MUNDO*

I. DIVERSOS SENTIDOS DE LA PALABRA “MUNDO”

En su comentario al Evangelio de San Juan, escribe Santo Tomás: “Mundo se puede tomar de dos maneras. Unas veces, en buen sentido, por aquellos que viven bien en el mundo; II Cor. 5,11: *Dios estaba en Cristo, reconciliando el mundo consigo*. Otras veces, en mal sentido, a saber, por los que aman el mundo; I Jo. 5,19: *Todo el mundo está puesto bajo el maligno*. Así pues todo el mundo odia a todo el mundo: porque los que aman el mundo, que están difundidos por todo el mundo, odian a todo el mundo, es decir, a la Iglesia de los buenos, consolidada por todo el mundo”¹.

* Revista “Gladius”, Buenos Aires, Año 1, N° 1, tercer cuatrimestre de 1984.

¹ *In Jo.* 15, 18; 2031. En otro lugar Santo Tomás entiende “mundo” de tres modos: en razón de su creación, de su redención y de su perversión: “Mundo en la Escritura se entiende de tres modos. A veces, en razón de su creación, como cuando dice el Evangelista: *El mundo fue hecho por Él* (Jo. 1, 10). Otras veces, en razón de su perfección, que alcanza por Cristo, como en II Cor. 5, 19: *Dios estaba en Jesucristo reconciliando al mundo consigo*. Otras veces, en razón de su perversión, como en I Jo. 5, 19: *Todo el mundo está puesto bajo el maligno*”: *In Jo.* 1, 9; 128.

Dios es el creador del mundo y al hacerlo lo hizo bueno. El Génesis nos relata cómo Dios creó la luz, el firmamento, las aguas, las plantas, los astros, los animales y, tras crearlos, encontró que lo que había hecho era bueno; en especial cuando creó al hombre a su imagen, y lo puso sobre todos los elementos, se nos dice que lo halló muy bueno. “En este mundo del hombre —escribe Meinvielle— hemos de incluir con el hombre mismo y con todo lo que a él se refiere, su diferencia de sexos con la fecundidad procreativa y su dominio sobre toda la creación inferior, y la capacidad de alimentación de la tierra, y finalmente, las relaciones mismas de los hombres”², es decir, el matrimonio, la familia, la economía, la política, la cultura; todo eso, tan propio del hombre, es bueno, y muy bueno. Numerosas expresiones evangélicas confirman el sentido positivo de la palabra: “Todo ha sido hecho por Él [por el Verbo] y sin Él nada se ha hecho” (Jo. 1,3), “el mundo ha sido hecho por Él” (Jo. 1,10), Cristo es “luz del mundo” (Jo. 8.12; 9.5; 12,46), “pan del cielo que da vida al mundo” (Jo. 6,33).

Así pues eran los gnósticos al afirmar que el mundo material es originalmente malo. Sin embargo, en este mundo, que emergió bueno de las manos de Dios, Adán con su transgresión introdujo el desorden, “por un solo hombre el pecado entró en el mundo, y por el pecado, la muerte” (Rom. 5,12). El hombre se encontró vergonzosamente desnudo, sus trabajos se harían con fatiga, en su matrimonio se introdujo la poligamia; en una palabra, la armonía entre Dios, el hombre y el cosmos se encontró quebrada. El mundo, oscurecido por el pecado del hombre, quedó bajo la

² *La Iglesia y el Mundo Moderno*, Theoria, Buenos Aires, 1966, p. 65.

férula del demonio, “el Príncipe de este mundo” (Jo. 12,31; 14,30; 16,11). El Nuevo Testamento nos presenta a este mundo perturbado por el pecado y puesto bajo el dominio de Satanás, como un universo que está “bajo la cólera divina” (Rom. 1,18) a tal punto perverso que “quien pretende ser amigo del mundo se hace enemigo de Dios” (Sant. 4,4). Este es el mundo en sentido negativo, aquel del que dijo el Apóstol: “Cuanto a mí, jamás me gloriaré a no ser en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo” (Gál. 6,14).

Refiriéndose al carácter ambivalente de la palabra “mundo”, según lo acabamos de exponer, tiene San Agustín palabras esclarecedoras: “¿En qué forma es malo el mundo, siendo bueno el que hizo el mundo? ¿No hizo Él, por ventura, todas las cosas, y todas son muy buenas? ¿No va la Escritura atestiguando, una por una, que las hizo buenas Dios, al decir: *Y vio Dios que era bueno?* Y al final, ¿no las engloba a todas, y dice que Dios las hizo, y *todas eran muy buenas* (Gén. 1,31)? ¿Cómo, por tanto, es malo el mundo, siendo bueno el Hacedor del mundo? ¿Cómo? *Porque el mundo fue hecho por Él, y el mundo no le reconoció* (Jo. 1,10). El mundo hecho por Él es el cielo, la tierra y todo lo que hay en ellos; el mundo que no le conoció significa los amadores del mundo, y despreciadores de Dios; éste es el mundo que le conoció. El mundo es malo en el sentido de que son malos los que prefieren el mundo a Dios”³.

Y explicando en otro lugar aquella expresión de San Juan “la luz brilla en las tinieblas, pero las tinieblas no la conocieron” (Jo. 1,5), dice que las tinieblas no son

³ *Sermo 96, 4-5.*

sino el mundo, es decir, los amadores del mundo. Tinieblas no pueden ser las creaturas, porque éstas sí que supieron conocer a Dios que es su luz. El cielo, el mar, los vientos, la tierra dieron testimonio de su Creador: el cielo, ofreciendo una de sus estrellas para guiar a los Magos; el mar, conduciendo a Jesús sobre sus olas; los vientos, calmándose al imperio de la voz del Señor; y la tierra, estremeciéndose después de la crucifixión. "Todos estos elementos del mundo dieron testimonio de su Creador. Cuando se dice, pues, que el mundo no lo conoció, se entiende quienes aman el mundo, quienes habitan en él con el corazón. Es malo el mundo porque son malos los que viven en él, como es mala la casa no por sus muros sino por los que en ella viven"⁴.

II. LA NATURALEZA DEL MUNDO

Tras haber considerado los dos sentidos de la palabra "mundo", pasemos ahora a la exposición de lo que es más importante, a saber, en qué consiste el espíritu del mundo, qué es lo que lo constituye como tal.

1. El mundo es una atmósfera

Según San Agustín el mundo está formado por el conjunto de los hombres malos: "Mundo llámase a los hombres malos, llámase también mundo a los hombres sin fe; recibieron ese nombre de lo que aman. Amando a Dios, nos hacemos dioses; amando al mundo, se nos llama mundo"⁵. En la visión agustiniana,

⁴ *In Jo.* 3, 5. Cf. también *In Jo.* 2, 17

⁵ *Sermo* 121, 1.

“mundo” es igual a “hombres pecadores”. Tal identidad, si bien es valedera, no nos parece que destaque suficientemente el carácter por así decir “institucional” del mundo, al que, por otra parte, el mismo Doctor de Hipona describe con mano maestra en su *De Civitate Dei* cuando caracteriza a la “ciudad del mundo” como marcada por el “amor sui”. El mundo, más que una serie de hombres, es una mentalidad. “El espíritu del mundo —escribe Scaramelli— es una propensión interna a la ambición, a las honras, a la gloria, a los puestos, a las dignidades, a la hacienda y a las riquezas”⁶.

Nos parece pues conveniente complementar la visión de San Agustín con las magistrales enseñanzas de un autor más reciente, el P. Faber, quien ha dedicado un lúcido estudio al “espíritu del mundo”. Advierte dicho autor la dificultad de encontrar una definición adecuada del mundo. Sabemos que el mundo existe, aunque también sabemos que Dios nunca lo ha creado. Es una especie de espíritu desprendido de la creación desobediente, como si los resultados y consecuencias de todos los pecados cometidos desde el principio hubiesen permanecido en la atmósfera con un formidable poder de contagio colectivo. Si bien no es el mundo una persona, parecería poseer una inteligencia y una voluntad propias, una perfecta conciencia de sí mismo⁷. “No es precisamente el pecado; es una peste, una influencia, una atmósfera, una materia colorante, una pompa exterior, una nada, un gusto, un encanto, un sistema que no se puede asir, y sin embargo, muy fácil de

⁶ *Discernimiento de los espíritus*, Cruzamante, Buenos Aires, 1981, p. 16.

⁷ Cf. G. Faber, *El Criador y la criatura*, Santa Catalina, Buenos Aires, 1945, p. 374.

reconocer; ninguno de esos nombres le conviene solo, sino todos juntos; la Escritura le llama mundo... Vivimos en medio de él, le respiramos, obramos bajo su influencia, somos engañados por sus apariencias, y sin apercibirnos de ello adoptamos sus principios”⁸.

Más que una multitud de hombres o una serie de pecados, el “mundo” es una actitud ante la existencia, un estilo de vida. Como bien lo señala el mismo Faber, cuando en la Sagrada Escritura el Señor describe los días anteriores al diluvio, los pinta menos como tiempo de pecados declarados que como época en que reina el espíritu del mundo. Los hombres, dice el texto sagrado, comían, bebían y se casaban. Ahora bien, ninguno de estos actos es pecaminoso; se puede comer o beber, como enseña San Pablo, para la gloria de Dios; y el matrimonio ya era antes del diluvio una institución divina. El mal de esas acciones radicaba en el espíritu que las animaba, que no era otro que el espíritu del mundo, única regla de los que vivían en el momento del diluvio. Algo semejante acaecerá en los días del Anticristo: comamos y bebamos que mañana moriremos, dirán aquellos hombres postremos, omitiendo toda referencia trascendente, de donde, concluye Faber, “podría definirse el espíritu del mundo, un estado habitual del pecado de omisión”⁹.

Cristo calificó este espíritu con una expresión tajante: “Vosotros sois de abajo” (Jo. 8,23). “El es de arriba —comenta Santo Tomás—, ellos de abajo. No en el sentido de que no sea hombre, como dicen los Maniqueos o Valentino. En cuanto Dios, no es de este

⁸ Ibid., p. 372.

⁹ Ibid., p. 381.

mundo sensible, sino del mundo inteligible, que está en la mente de Dios, el mismo Verbo de Dios. En cuanto hombre, es de arriba por el hecho de que no tuvo afecto a las cosas mundanas e ínfimas, sino a las superiores, en las que moraba el alma de Cristo. En cambio, los que son de abajo, tienen origen ínfimo, y de este mundo, porque ponen su afecto en las cosas terrenas; I Cor. 15.47: *El primer hombre fue de la tierra, terreno*¹⁰.

Faber describe este estado de espíritu como el de un embotamiento —“conciencia cauterizada”, dice— para todo lo que sea superior a las cosas de la tierra: “Su amor del bienestar le hace tan insoportable los remordimientos de su conciencia y tan difícil la demanda de la gracia, que se establece en un estado de conciencia cauterizada, y pierde completamente el sentido moral con una facilidad desconocida hasta a la crueldad misma o a la sensualidad”¹¹.

Este estado “tranquilo”, este cómodo instalarse en la inmanencia, esta especie de descanso en lo terreno constituye, siempre al sentir de Faber, una suerte de remedo de la posesión diabólica; es la irreligión interior, el frío orgullo, que hacen del alma del mundano un infierno moral e intelectual anticipado sobre la tierra. “Es una vida sin oración; una vida sin deseo del cielo y sin temor del infierno; una vida sin amor de Dios; una vida sin ninguna especie de hábitos sobrenaturales. ¿No debe, naturalmente, terminar con el infierno una vida semejante? Porque el cielo no es un paraíso para los sentidos: Dios forma todo su gozo, toda su belleza, todo su contento; todo

¹⁰ *In Jo.* 8, 23; 1174-1176.

¹¹ *Op. cit.*, p. 386.

allí es para Dios, todo viene de Dios, todo es Dios; todo allí está en Dios, todo tiende a Dios como a un centro de amor en derredor del cual se agrupan las criaturas en la adoración y el éxtasis. Según el espíritu del mundo, por el contrario, Dios es por todas partes una molestia, un intruso, un pensamiento inoportuno; su presencia incomoda como la indiscreción de un huésped desagradable que llega sin haber sido invitado”¹².

2. El mundo y el espíritu de suficiencia

Nadie como Jesucristo estigmatizó tan duramente lo que denominamos “el espíritu del mundo” cuando, tras proclamar las bienaventuranzas, fustigó a los mundanos con lo que podríamos llamar una serie de “malaventuranzas”: “¡Ay de vosotros, ricos, porque habéis recibido vuestro consuelo! ¡Ay de vosotros, los que ahora estáis satisfechos, porque tendréis hambre! ¡Ay de vosotros, los que ahora reís, porque gemiréis y lloraréis! ¡Ay cuando todos los hombres dijeren bien de vosotros, porque así hicieron sus padres con los falsos profetas!” (Lc. 6,24-26).

Tiene el espíritu del mundo el que se siente satisfecho con los bienes de la tierra, el que dedica su vida a la mera búsqueda del éxito en los asuntos temporales. En ninguna parte se muestra mejor la oposición del mundo con el espíritu del Evangelio que en la manera con que uno y otro miran la prosperidad. Los terribles anatemas que Cristo ha arrojado sobre las riquezas, las risas y las alabanzas de los hombres, encuentran su explicación en la aptitud que tienen estas cosas para acomodarse al espíritu del mundo.

¹² Ibid., p. 385.

No que la prosperidad sea siempre mala; puede, incluso, venir de Dios, pero también puede fácilmente permitir el ingreso del espíritu del mundo, desasir el corazón de Dios y fijarlo en las criaturas, acostumbrar al hombre a que estime a los demás en proporción a sus éxitos humanos, creando, finalmente, cierta mollicie de carácter que inhabilite para las virtudes heroicas propias del cristiano¹³.

El espíritu del mundo es el espíritu de suficiencia del hombre que ha aprendido a bastarse sin Dios. Porque el mundo tiene también sus bienaventuranzas, que son como el reverso del Evangelio. Si Cristo dice: Bienaventurados los pobres de espíritu, el mundo dirá: Bienaventurados los ricos, los que nadan en la abundancia. Si Cristo dice: Bienaventurados los que lloran, el mundo dirá: Bienaventurados los que ríen y se divierten. Si Cristo dice: Bienaventurados los limpios de corazón, el mundo dirá: Bienaventurados los que viven en la lujuria. Donde Cristo dice blanco, el mundo dice negro. Varias de las máximas mundanas podrían parecer verdaderas o, al menos, inofensivas. Como lo insinuábamos arriba, no parece que esté mal ser rico o reírse, ni parece bien llorar o ser pobre, pero el espíritu con que se expresa tales bienaventuranzas —“el espíritu del mundo”— deja percibir el aliento satánico del “seréis como dioses”.

El mundo tiene su propia “sabiduría”, la que se escandaliza ante la cruz y ante el espíritu de las bienaventuranzas de Cristo. Esta sabiduría pretende ofrecerle al hombre mundano dos regalos sustanciales. Ante todo la libertad: la autonomía te hará libre, libre de toda cadena, de todo lazo, de toda religación,

¹³ Cf. Faber, op. cit., pp. 379-380.

de toda ley, libre de Dios; libertad para pensar, para hablar, para leer, para mirar, para gozar. Y en segundo lugar, la felicidad en la tierra, felicidad embriagante a base de toda clase de placeres, de risas, de acomodados; “todo esto te daré... si cayendo de rodillas me adorares” (Mt. 4,9)¹⁴.

3. El mundo y sus diversas manifestaciones en la historia

Mientras dure el mundo habrá “mundo”. Ninguna época puede eliminar del todo el “espíritu del mundo”, ya que éste es inseparable del estado del hombre caído. “Pero no tiene siempre el mismo poder —enseña el P. Faber—...; tiempo ha habido en que el mundo ha sido menos mundano que de costumbre, y diríase que cada generación le desprende alguna cosa, como una especie de magnetismo cuya fuerza varía y cuyas propiedades no son siempre las mismas... Algunas veces place a Dios encadenar al mundo... y la atmósfera queda purificada por algún tiempo... Pero, en suma, su poder parece aumentarse con el tiempo. O en otros términos: el mundo es cada vez más mundano; la civilización le ayuda inmensamente y el progreso multiplica sus medios de acción... Estamos seguros de que podemos prever que el fin del mundo y el reinado del Anticristo serán tiempos en que el espíritu del mundo ejercerá la más terrible tiranía”¹⁵.

Sería posible elaborar una especie de historia del espíritu del mundo, y advertir en su curso cómo a veces ha destacado una faceta, a veces otra, en oca-

¹⁴ Cf. A. Royo Marin, *El mundo de hoy*, 2ª ed., Rialp, Madrid, 1964, pp. 83-84.

¹⁵ Op. cit., pp. 374-375.

siones con más crudeza, en otras disfrazado de elegancia. Evidentemente no es posible entrar ahora en detalles. Pero sí podemos decir que hubo un tiempo en que el espíritu del mundo estuvo por así decirlo socialmente frenado. Fue la época del llamado "mundo cristiano", es decir, de aquella sociedad que hizo profesión pública de fe católica, y que intentó consagrar el mundo forjando la Cristiandad. No que en ese tiempo haya desaparecido totalmente el espíritu del mundo, pero al menos era reconocido como tal. Con el pasar de los siglos y la progresiva destrucción de la Cristiandad, el espíritu del mundo se fue haciendo más y más poderoso, adquiriendo relevancia y predicamento social.

Autores destacados han trazado los jalones de dicho proceso. A partir del renacimiento el hombre, interesándose cada vez menos por los valores trascendentes, y enfrascándose más y más en lo intrahumano, no puso ya el acento en lo sobrenatural sino en lo meramente natural. Aparece así el Humanismo, el laicismo en la política y en la vida, emergiendo un nuevo tipo de hombre, el burgués, tan magistralmente descrito por Bernhard Groethuysen¹⁶. Para el burgués, Dios está lejos, y éste es su mundo; sin negar la Providencia, en la práctica obra como si este mundo fuese autónomo. De allí al "Gott ist tot", de Nietzsche, no había más que un paso, que el proceso histórico ha franqueado sin demasiada tristeza. Y así llegamos a nuestro tiempo, con su religión secular, la religión de la democracia, hecha por el hombre y para el hombre, o también la religión marxista, que busca el paraíso

¹⁶ Cf. *La formación de la conciencia burguesa en Francia durante el siglo XVIII*, Fondo de Cultura Económica, México, 1943.

en la tierra¹⁷. Desde hace aproximadamente un siglo los Papas han fustigado en sus documentos lo que llaman “el mundo moderno”, “la civilización moderna”, “la filosofía moderna”, en donde el adjetivo “moderno” no designa una connotación puramente cronológica sino valorativa. Ya el genio de San Agustín anticipó el carácter de esta “modernidad” cuando dijo que la ciudad del mundo “tiene su principio y su fin todo terreno”¹⁸.

Podríamos decir que nuestra época es el fruto de una secular y gozosa profundización en el espíritu inmanente. Hoy se explica el curso de la historia según los principios de la inmanencia en el tiempo y el afincamiento en el mundo, en todo lo cual para nada interviene el orden sobrenatural. Por otra parte, la corriente del idealismo, que signa el pensamiento filosófico de los últimos siglos, ha introducido al hombre de manera irrevocable en una especie de interioridad orgullosa, a tal punto que cuando se asoma al mundo externo no lo hace en la actitud de quien adora al Creador del cosmos sino en la postura de quien se siente creador del mundo. El hombre y la historia se han sumergido en el mundo, se han hecho estrictamente mundanos. La razón mundanizada del hombre ha querido hacerse creadora del ser, y la “luz” de esa razón se ha convertido en el único criterio explicativo de la historia. Así el hombre, prometeico y autosuficiente, camina airoso hacia la construcción del “paraíso en la tierra”, afirmado en los avances técnicos y en el mito del progreso indefinido.

¹⁷ Cf. J. Meinvielle, op. cit., pp. 78-81.

¹⁸ *De Civ. Dei* XV, 17.

4. La infiltración del mundo

El "mundo" no suele penetrar en los espíritus chocando o derribando sino al modo de una mansa lluvia, impregnando, como por ósmosis. "El espíritu del mundo —escribe Faber— da a nuestras diferentes acciones el color, la forma y el olor, sin que nos sea posible reconocer por qué medio nos penetra tan íntimamente. El poder del magnetismo sobre una voluntad rebelde es una imagen exacta del poder que el espíritu del mundo ejerce sobre nosotros. Obra como la gracia, sólo que es todo lo diametralmente opuesto"¹⁹.

Caracterízase el mundo por su carácter "insinuante"; tiene la voz suave, maneras simpáticas, un aspecto lleno de elegancia, a veces; pero cuanto más se disfraza tanto más temible es. "En algunas ocasiones —anota Faber— suele mostrarse digno; se le verá llamar al orden al pecador que no se respeta, pronunciará máximas sabias sobre la decencia pública... Suele ir más lejos, puede abrir los templos, encender las velas del altar y entonar el Te Deum a la majestad del Altísimo"²⁰. Y más adelante: "Algunas veces se va todavía más lejos y vemos una prodigiosa unión de la piedad y del espíritu del mundo, como si en una misma persona hubiese dos... Sin embargo, hacen que Dios y el mundo vivan con tanta armonía en su corazón, que ni aun siquiera advierten el ridículo espectáculo que ofrecen a los demás, y menos todavía la horrible realidad de su condición espiritual"²¹.

¹⁹ Op. cit., p. 374.

²⁰ Ibid., p. 373.

²¹ Ibid., p. 398.

El P. Alfonso Torres S. J., con la gran experiencia que tenía en esta materia, ha escrito: "El mundo puede entrar hasta en los conventos que parecen más aislados. El mundo tiene dos formas de manifestarse: la descarada, escandalosa, y la otra disimulada y sutil. La primera es casi imposible que entre en un convento; pero la otra forma, más sutil y peligrosa, es muy posible que entre. Y digo más: que realmente la decadencia de las órdenes religiosas viene de ahí; de que, en vez de vivir con verdadero espíritu evangélico, entra en las comunidades un hálito del mundo... A veces, al entrar en un convento, y desde la puerta misma, se siente un desolador ambiente de mundo"²².

De los tres enemigos clásicos —el mundo, el demonio y la carne— el más temible es el mundo, precisamente por su capacidad de infiltración; según la manera como Cristo habla de él en el Evangelio, parecería que ocupa entre ellos el primer rango, aunque su política haya sido siempre el darse a conocer menos que los otros, no hacerse temer tanto. San Juan, el confidente de Cristo, es el escritor sagrado que con más frecuencia y severidad habla del mundo, como si el espíritu de Cristo encontrase en el espíritu del mundo algo que le fuera particularmente contrario²³.

III. LO QUE HAY EN EL MUNDO

"No améis al mundo ni lo que hay en el mundo. Si alguno ama al mundo, no está en él la caridad del

²² *Ejercicios Espirituales*, vol. 3º, La Editorial Católica (B. A. C.), Madrid, 1971, pp. 440-441.

²³ Cf. G. Faber, op. cit., pp. 376-377.

Padre. Porque todo lo que hay en el mundo, concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y orgullo de la vida, no viene del Padre, sino que procede del mundo. Y el mundo pasa, y también sus concupiscencias; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre” (I Jo. 2, 15-17).

Comentemos este texto tan rico para nuestro propósito dividiéndolo en tres partes.

1. El amor del mundo

“Donde está el amor del mundo no está el amor de Dios”²⁴, enseña San Agustín, quien ha escrito significativas palabras sobre el texto joánico. “Cada uno es cual es su amor. ¿Amas la tierra? Tierra serás, ¿Amas a Dios? ¿Serás Dios? No me atrevo a decirlo por mí mismo; oigamos las Escrituras: *Yo dije, dioses sois, y todos sois hijos del Altísimo* (Ps. 81,6). Luego, si queréis ser dioses e hijos del Altísimo, *no améis al mundo, ni lo que hay en el mundo*”²⁵.

Amor de Dios y amor del mundo son incompatibles, ya que si el amor es el peso del alma, habrá que elegir entre Dios y el mundo, según quién sea el que la imanta. “¿Cómo podremos amar a Dios si amamos al mundo? —se pregunta San Agustín—. Dios nos dispone para ser inhabitados por la caridad. Hay dos amores: el del mundo y el de Dios. Apártese el amor del mundo y habite en nosotros el de Dios; que el mejor ocupe su lugar... ¿Quieres poseer la caridad del Padre, para ser coheredero del Hijo? No ames al mundo. Rechaza el mal amor del mundo, para que seas llevado del amor de Dios. Eres un vaso, pero

²⁴ *In I Jo.*, tract. II, 14.

²⁵ *Ibid.* Cf. asimismo Santo Tomás, *In Jo.* 1, 10; 138.

todavía estás lleno; derrama lo que tienes, para recibir lo que no tienes... ¿Cómo se arraigará en vosotros la caridad, entre tantas malezas del amor del mundo? Arrancad la maleza. Debéis sembrar una gran semilla; no haya en el campo nada que ahogue la semilla”²⁶.

Y comentando el mismo Agustín aquellas duras palabras de Santiago: “Adúlteros, ¿no sabéis que los amigos del mundo se hacen enemigos de Dios?” (4,4), dice: “El amor del mundo hace adúltera al alma: el amor del Creador del mundo castifica al alma; pero si ésta no comienza por abochornarse de sus disoluciones, jamás apetecerá los castos abrazos de Dios... El alma se había mirado a sí misma, y salió complacida del examen, enamorándose con ello de su independencia. Se alejó de Dios sin quedarse en sí misma; siéntese impelida a salir de sí, sale fuera de sí misma y se precipita sobre lo exterior. Ama el mundo, ama lo temporal, ama lo terreno... Flotando a la deriva, tiene a gala su altivez, sus liviandades, los honores, los empleos, las riquezas, y toda vanidad contribuye a infatuarla”²⁷.

2. Las tres concupiscencias

San Juan nos dice que no hemos de amar al mundo ni lo que hay en el mundo y determina lo que incluye esto segundo, a saber, la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida.

San Agustín ha explicado el contenido de las tres concupiscencias. De por sí, nos enseña, los seres del

²⁶ *In I Jo.*, tract. II, 8.

²⁷ *Sermo* 142, 3.

mundo (cielo, tierra, etc.) son buenos. Lo malo es amar de tal modo a las creaturas que uno acabe por separarse del Creador. El hombre de las concupiscencias se embriaga y parece olvidar a su Creador; al usar de las creaturas con apasionamiento, desprecia a su Creador. Es una tentación muy propia del demonio: bajo pretexto de que Dios hizo las creaturas para nuestro bien, nos incita a que busquemos la felicidad en las creaturas de Dios. En quienes consienten se cumple aquello que dice el Apóstol: *honraron y sirvieron a las creaturas más bien que al Creador* (Rom. 1,25). Dios no nos prohíbe amar las creaturas, sino amarlas hasta tal punto que pongamos en ellas la felicidad terminal. “Supongamos, hermanos, que un esposo regala un anillo a su esposa, y que ella ama más a ese anillo obsequiado que al esposo, que se lo donó, ¿acaso no sorprenderíamos en esta preferencia al obsequio, un corazón adúltero, aunque amase lo que su esposo le donó?... Amas el anillo en lugar del esposo... entonces las arras que te dio no fueron para prendarte, sino para apartarte. Pues el esposo da las arras para en ellas ser amado... Pero si amaras a las creaturas, aunque Dios las haya creado, abandonando al Creador, y amaras al mundo, ¿acaso tu amor no será tenido por adulterino?”²⁸

Pues bien, prosigue el Santo Doctor, los del mundo no tienen otro deseo que las tres concupiscencias. Sólo anhelan comer, beber, buscar honores, ser independientes, y ello sin medida. La concupiscencia de la carne, es decir, el deseo de las cosas que pertenecen a la carne; la concupiscencia de los ojos, a saber, toda curiosidad y búsqueda de vano honor; la

²⁸ *In I Jo.*, tract. II, 11.

soberbia de la vida o ambición del mundo; todo eso encadena al hombre, “no sea que améis para gozar (*frui*) lo que os ha sido dado tan sólo para usar (*uti*)”²⁹. Con lo que San Agustín nos enseña que el mal no está en el uso sino en el abuso de las creaturas. La concupiscencia es, en última instancia, el deseo codicioso y desorbitado de lo que Dios nos dio para que lo sirviéramos; es, en cierta manera, la adoración de las huellas en lugar del Creador.

Bossuet identifica al mundo con sus concupiscencias. Comentando aquel lugar donde San Juan habla de “el Espíritu de verdad, que el mundo no puede conocer” (14,17), dice: “El mundo es todo falso. ¿Qué es el mundo sino la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos, y el orgullo de la vida? La concupiscencia de la carne nos entrega a los placeres, que nos enceguecen. La concupiscencia de los ojos, el espíritu de curiosidad, nos lleva a conocimientos, a pruebas inútiles; se busca siempre, y jamás se encuentra; o se encuentra mal. El orgullo de la vida, que en los hombres del mundo constituye todo su sostén, nos impone por pomposas vanidades. Lo falso está por doquier en el mundo, y el Espíritu de verdad no puede entrar allí”³⁰.

Detallemos un tanto la especificidad de cada concupiscencia.

La concupiscencia de la carne consiste en la delectación voluptuosa de los sentidos corporales. Se incluye acá la concupiscencia sexual, la del comer y beber, etc.

²⁹ Ibid., II, 12.

³⁰ *Méditation sur l'Évangile*, La Cena, 1ª parte, día 9º.

La concupiscencia de los ojos es otra forma de codicia, más refinada que la de la carne. Pasa por los mismos sentidos corporales, pero apunta no tanto a un gozo carnal, cuanto a una experiencia interior, a saber, la vana curiosidad, que se cubre con el nombre de conocimiento o ciencia. Como ella es esencialmente apetito de conocer y, entre los sentidos, los ojos son de importancia primordial para el conocimiento, se le ha dado el nombre de "concupiscencia de los ojos". La curiosidad se agrada en el exhibicionismo; induce a escrutar los misteriosos secretos de la naturaleza, que de nada sirve conocer; en procura de una ciencia depravada, sugiere utilizar poderes ocultos o mágicos. Es la curiosidad igualmente la que, en el ámbito mismo de la religión, inclina a "tentar a Dios", pidiéndole signos y prodigios, no en orden a la salvación de las almas sino simplemente por el placer de verlos. Tal curiosidad está en íntima conexión con la búsqueda de la vana-gloria.

La soberbia de la vida es el grado supremo del espíritu del mundo. El hombre soberbio se complace en sí mismo, tratando de elevarse por sus propias fuerzas, en un esfuerzo prometeico por igualarse, si ello fuere posible, con el mismo Dios, cuya superioridad no es capaz de soportar.

En la triple concupiscencia señalada por San Juan se advierte cierto crescendo hacia un climax. La codicia de la carne es un instinto aún muy material; luego viene la concupiscencia de los ojos, más elevada, menos grosera, que conduce al vano honor del mundo; finalmente, el orgullo de la vida, con sus desmesuradas pretensiones de exaltación.

3. La precariedad del mundo

Nos queda por analizar la última parte del texto joánico: "El mundo pasa, y también sus concupiscen-

cias; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre”.

“¿Qué prefieres —comenta San Agustín—: amar lo temporal y pasar con el tiempo, o no amar al mundo y vivir con Dios para siempre? El río de las cosas temporales nos arrastra; pero como un árbol junto al río, ha nacido nuestro Señor Jesucristo... Quiso, en cierto modo, plantarse junto al río de las cosas temporales. ¿Eres arrastrado por la corriente? Tómate del árbol. ¿Te hace girar el amor del mundo en sus remolinos? Tómate de Cristo. Por tu causa Él se hizo temporal, para que tú te hagas eterno”³¹.

La misma idea encontramos en Bossuet: “El mundo no quiere que haya otro motivo de las cosas humanas fuera del placer y del interés, y que no haya bien sólido sino en las cosas corporales. *Gocemos*, dice, *de los bienes que son* (Sab. 2,6); todo el resto no es sino idea, imaginación, pasto de espíritus huecos; lo que es, es lo que se siente, lo que se toca, es lo que escapa continuamente de las manos que lo aprietan. Mientras más se aprieta las cosas lábiles, más escapan. La naturaleza del mundo es deslizarse, pasar pronto, desaparecer como el humo, como la nada. Pero el mundo quiere imaginarse que es esto lo que es”³².

Cuando comenta San Agustín aquella frase del Evangelio: “Viendo Jesús que había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre” (Jo. 13,1) dice que a ese tránsito de Cristo Cabeza debemos adherir sus miembros, si es que realmente queremos pasar de este mundo inestable a un reino sólidamente fundado. Si aspiramos a no pasar con el mundo transitorio,

³¹ *In Jo.* 2, 10.

³² *Op. cit.*, *ibid.*

debemos pasar a Dios, que permanece siempre. Es, pues, menester, pasar *de este mundo al Padre*. No como los que no tienen fe, porque éstos, si bien es cierto que pasan de este mundo, no por ello permanecen siempre; no es lo mismo pasar de este mundo que pasar con el mundo³³. “Manteneos en el amor de Dios —concluye Agustín— para que, así como Dios es eterno, así también vosotros permanezcáis para siempre. Porque cada uno es cual es su amor”³⁴.

IV. EL MUNDO Y LAS TENTACIONES DE CRISTO

1. Las tentaciones

“Entonces fue llevado Jesús por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo” (Mt. 4,1). Las tentaciones que Satanás, con gran habilidad, dirigirá a Jesús constituyen una síntesis perfecta del “espíritu del mundo”. Lo hará, como enseña San Ambrosio, a través de “los tres principales dardos del diablo, con los que suele armarse para herir el alma humana: uno la gula, el otro la vanidad, el tercero la ambición”³⁵.

a. *La primera tentación*. “Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan” (Mt. 4,3). Bien observa San Ambrosio que el demonio comienza precisamente donde había vencido en la tentación paradisíaca, tentando a través de la gula o sensualidad³⁶. Para apartar a Cristo de la fidelidad a su misión mesiánica lo invita a la desobediencia, como lo hiciera

³³ Cf. *In Jo.* 55, 1.

³⁴ *In Jo.* 2, 14.

³⁵ *in Luc.* IV, 17.

³⁶ Cf. *ibid.*

antaoño en el paraíso. El Padre, a través del Espíritu, te manda al desierto para que ayunes; ni a un esclavo se lo obliga a esto; si eres el Hijo de Dios no temas oponerte a una orden tan avasallante. Al inducirla a comer, el diablo lo estaba incitando a que comenzase su misión con un acto contrario a la voluntad de Dios.

Jesús le contesta: "Escrito está: No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios" (Mt. 4,4). La frase que Jesús trae a colación está tomada de un discurso de Moisés (Deut. 8,3) donde el caudillo dice al pueblo que si bien Dios le afligió y le hizo pasar hambre, no por eso le faltó el necesario sustento, porque Dios le proveyó con el maná. Jesús retomó la expresión como si quisiera decir: La vida del hombre no se conserva únicamente con el pan, sino que puede sustentarse de cualquier forma que Dios quiera; por tanto si Dios quiere que sufra hambre, vivirá sin pan, como Dios lo disponga. Hacer un milagro en orden a procurarme algo para comer, sería contrariar la voluntad del espíritu que me trajo al desierto.

b. *La segunda tentación.* "Llévole entonces el diablo a la ciudad santa, y poniéndole sobre el pináculo del templo, le dijo: Si eres Hijo de Dios, échate de aquí abajo, pues escrito está: A sus ángeles encargará que te tomen en sus manos para que no tropiece tu pie contra una piedra" (Mt. 4,5-6). Comenta San Ambrosio: "Viene enseguida la flecha de la vanidad... Lo llevó al pináculo. Tal es en efecto la vanidad; cuando uno cree elevarse más alto, el deseo de hacer acciones esplendorosas precipita a los abismos... ¿Hay cosa más propia del diablo que aconsejar arrojarse hacia abajo?... El diablo muestra al mismo tiempo su debilidad y su malicia, porque el diablo no puede dañar sino a aquel

que se precipita por sí mismo. El que renuncia al cielo para elegir la tierra hace deliberadamente caer su vida en una especie de precipicio”³⁷.

Tienta Satanás a Jesús invitándole a una exhibición de poder en orden a recibir jactanciosamente el aplauso y el vano honor de los hombres. La voluntad de Dios era que el Mesías cumpliera su misión no a través del exhibicionismo y de la jactancia sino pasando por el dolor y el desprecio. Satanás lo invita a que prefiera la gloria vana de los hombres, tan sensibles a los hechos fantásticos, a la gloria de Dios, que pasa por la obediencia y la humillación.

A la frase escriturística que le alega el demonio para tentarle, responde Jesús con otra frase de la misma fuente: “No tentarás al Señor tu Dios” (Mt. 4,7; Deut. 6,16); pertenece también a un discurso de Moisés donde recuerda cómo el pueblo elegido, encontrándose en cierta ocasión falto de agua, murmuró contra Dios y le exigió un milagro. Tienta a Dios quien confía en su divina providencia más allá de lo debido y justo. Tirarse del pináculo por el mero deseo de cosechar gloria mundana esperando para ello una ayuda milagrosa de parte de Dios es presunción manifiesta.

c. *La tercera tentación.* Dios había prometido al Mesías la posesión de todos los reinos de la tierra (cf. Ps. 2,8; 71, 8.11, etc.); pero debía conquistarlos a través del dolor (cf. Is. 49,4; 50, 4-10). El demonio intentará ahora persuadirle de que invierta el orden de la Providencia, llegando al dominio mediante un pacto con el mal. “Llevándole a una montaña elevada, le mostró desde allí, en un instante, todos los reinos

³⁷ In Luc. IV, 21-26.

del mundo" (Lc. 4,5). Fue como por arte de magia, y en virtud del, poder diabólico, que desde lo alto de un monte se proyectó, ante los ojos de Cristo, "en un instante", una representación fantástica de la magnitud, riqueza y poder de todos los reinos del mundo y de la historia. "Es justo que en el espacio de un instante —escribe San Ambrosio— sean mostradas las cosas del siglo y de la tierra; porque esto no indica tanto la rapidez de la visión cuanto la fragilidad de un poder caduco; en un instante todo esto pasa, y a menudo los honores del mundo se van antes de haber llegado"³⁸.

Tras esta exaltante visión panorámica, Satanás hace su ofrecimiento, envuelto en una manifestación mentirosa de su soberbia que pretende nivelarse con Dios: "Todo este poder y su gloria te daré, pues a mí me ha sido entregado, y a quien quiero se lo doy" (Lc. 4,6). Pero le impone una condición: "Si te postras delante de mí, todo será tuyo" (Lc. 4,7). Como si dijera: Tendrá todo esto, si renuncias a señorear el mundo y las naciones pasando por la cruz. Es cierto que el Verbo se hizo carne para instaurar su reino sobre los corazones y sobre las naciones pero, como bien enseña Orígenes, "no quiere ser coronado sin penalidad ni reinar sobre los demás sufriendo él mismo la ley del diablo. Pero eso Cristo le replicó: *Está escrito: Adorará al Señor tu Dios, y a Él sólo servirás* (Lc. 4,8). También es mi voluntad que todos esos hombres se hagan súbditos míos para que adoren al Señor y no lo sirvan sino a Él"³⁹. Así Cristo rechaza, indignado, la sugestión diabólica, recurriendo a una expresión de Deut. 6,13. Lo aparta de sí, le manda huir, lo que no

³⁸ Ibid., 28.

³⁹ *In Luc.*, hom. 30,4.

hizo en las dos anteriores tentaciones, para demostrar que es el celoso vindicador de la gloria de Dios.

Las tres tentaciones del desierto constituyen una especie de retoma de las tentaciones del Paraíso, con la diferencia de que las viejas derrotas del primer Adán florecen ahora en las victorias del segundo. “Desde el punto de vista místico —enseña San Ambrosio—, veis que los nudos del antiguo extravío han sido desatados uno tras otro; primero el de la gula, luego el de la presunción, en tercer lugar se desliga el de la ambición. Porque Adán fue engolosinado por el alimento y, penetrando con presuntuosa seguridad en el lugar donde se encontraba el árbol prohibido, incurrió para colmo en el reproche de ambición temeraria aspirando a la semejanza divina”⁴⁰.

2. Las tentaciones y las concupiscencias

Las tres tentaciones del desierto, con las que el demonio quiso hacer caer a Jesús, se relacionan con las tres concupiscencias que caracterizan el espíritu del mundo.

“He aquí las tres concupiscencias —escribe San Agustín—, y no encontrarás otra cosa con que pueda ser tentada la codicia humana, fuera de la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la ambición del mundo. Con ellas el Señor fue tentado por el demonio. Le tentó con la concupiscencia de la carne cuando, al sentir hambre después del ayuno, le dijo: *Si eres Hijo de Dios, di a estas piedras que se conviertan en pan...* Y fue tentado por la concupiscencia de los ojos con la perspectiva de un milagro,

⁴⁰ *In Luc.* IV, 33.

cuando le dijo: *Tírate hacia abajo...* ¿Cómo fue tentado el Señor por la ambición del mundo? Cuando lo llevó a lo alto y le dijo: *Todo esto te daré, si postrado me adorares...* Observando estas cosas, no tendréis concupiscencia del mundo, y, no teniendo concupiscencia del mundo, no os subyugarán ni la codicia de la carne, ni la codicia de los ojos, ni la ambición del mundo”⁴¹.

No en vano dice el Evangelio: “Acabado todo género de tentaciones, el diablo se retiró” (Lc. 4,13). En las tres proposiciones satánicas está la materia de todos los pecados, porque las causas de los pecados son las de los apetitos, a saber, el deleite de la carne, la aspiración al honor, la codicia de poder. Las tres tentaciones son toda tentación, porque la gula, la avaricia y la soberbia, a la vez que son tres tentaciones antimesiánicas son como las tres cabezas de toda tentación, ya que representan las tres concupiscencias, que son las tres fuentes del pecado de los hombres. Como agudamente observa San Ambrosio, son éstas precisamente las tres cosas que San Pablo prescribió evitar al indicar las especies de pecado de las que hay que estar libre si se quiere esperar la corona de justicia: “Nosotros no hemos usado de palabras de adulación, ni cedido a la avaricia, Dios es testigo de ello; y no hemos buscado la gloria de los hombres” (I Tes. 2,5)⁴².

En relación con este tema ofrece Garrigou-Lagrange una visión panorámica y sintética de elevada belleza, remontando su consideración al estado paradisiáco y a la caída original. En el estado de

⁴¹ *In I jo.*, tract. II, 14.

⁴² Cf. *In Luc.* IV, 35.

justicia original reinaba una triple armonía: ante todo, entre Dios y el alma, ya que ésta, hecha para conocer, amar y servir a Dios, estaba toda ella tendida hacia su Señor; armonía, en segundo lugar, entre el alma y el cuerpo; así como el alma estaba perfectamente subordinada a Dios, ejercía un fácil imperio sobre el cuerpo a ella unido; armonía, finalmente, entre el cuerpo y los bienes externos, pues el hombre obtenía fácilmente los frutos de la tierra, los animales le eran dóciles, etc.

El pecado rompe esta triple armonía. Rebelóse el hombre contra Dios, y su alma, al gritar "non serviam", quedó desde entonces inclinada a la soberbia, la inteligencia pretendió crearse su propia verdad, y la voluntad se desvinculó de Dios. Al negarse a Dios, el alma perdió su imperio sobre el cuerpo y sus pasiones, llegando a convertirse en esclava de su propio cuerpo; cediendo a la concupiscencia de la carne, las pasiones pasaron a dominar como señoras. Por último, el cuerpo, en vez de servirse de los bienes exteriores, se hizo su siervo; consintiendo a la concupiscencia de los ojos, el hombre se trasladó a la periferia de su ser, y su cuerpo se hizo esclavo de la codicia.

Será el Verbo encarnado quien logre restaurar la armonía perdida, y por cierto en un grado muy superior al inicial. Mediante el misterio de la unión hipostática, el alma de Cristo se sujetó plenamente a la divinidad, fija su inteligencia en la visión de Dios, e impecable su voluntad; su cuerpo y las pasiones se subordinaron perfectamente al alma; y las cosas exteriores obedecieron sin réplica a su persona⁴³.

⁴³ Cf. R. Garrigou-Lagrange, *Las tres edades de la vida interior*, I, Palabra, Madrid, 1977, pp. 239-242. Por eso Cristo, hablando del demonio, puede decir con toda verdad: "el Príncipe de este mundo, que en mí no tiene nada" (Jo. 14, 30).

Sin embargo, en el grado en que el hombre no acepta la redención, sigue sometido a las tres concupiscencias. Sobre ellas basa el demonio sus tentaciones, incluso a modo de método progresivo, como lo enseña San Ignacio en sus Ejercicios Espirituales, al exponer la meditación de las Dos Banderas: "Considerar el sermón que [el demonio] les hace, y cómo los amonesta para echar redes y cadenas; que primero hayan de tentar de codicia de riquezas, como suele *ut in pluribus*, para que más fácilmente vengan a vano honor del mundo, y después a crecida soberbia; de manera que el primer escalón sea de riquezas, el 2º de honor, el 3º de soberbia, y destos tres escalones induce a todos los otros vicios"⁴⁴. Son precisamente las tres tentaciones de Jesús en el desierto, que corresponden a las tres concupiscencias, y que pueden ser detectables en la prueba de nuestros primeros padres.

Un cuadro sinóptico ayudará a entender tales equivalencias.

Concupiscencias	Gén. 3,6:	Mt. 4,1-11	Dos Banderas
Concupiscencia de la carne	Vio que el fruto era bueno para comer,	Que estas piedras se conviertan en pan	Cudicia de riquezas
Concupiscencia de los ojos	hermoso a la vista,	Si eres Hijo de Dios, tírate abajo,	Vano honor del mundo
Soberbia de la vida	deseable para alcanzar sabiduría	Te daré los reinos si me adorares	Creceda soberbia

⁴⁴ N° 142. Glosa este texto el P. Calveras señalando que cuando San Ignacio habla de riquezas se refiere a dineros o posesiones, y también de riquezas o valores personales, apreciados generalmente en el mundo; cuando se refiere al vano honor

A la bandera de Satanás, la de las tres concupiscencias, opone San Ignacio la Bandera de Cristo el cual alecciona a sus apóstoles “que a todos quieran ayudar en traerlos primero a suma pobreza espiritual, y si su Divina Majestad fuese servida y los quisiere elegir, no menos a la pobreza actual; 2º, a deseo de oprobios y menosprecios, porque destas dos cosas se sigue la humildad; de manera que sean tres escalones, el primero pobreza contra riqueza, el 2º oprobio o menosprecio contra el honor mundano, el 3º humildad contra la soberbia, y destes tres escalones induzcan a todas las otras virtudes”⁴⁵.

El P. Garrigou-Lagrange conecta con estos tres “escalones” los *tres consejos evangélicos*, ya que no es posible alcanzar la perfección sin tener el espíritu de los consejos, o sea el espíritu de desasimiento. Cristo, en oposición frontal con el espíritu demoníaco, fue modelo perfecto de pobreza absoluta, de castidad evangélica y de obediencia hasta la muerte. Y, tras Él, invita a los suyos a practicar la pobreza, desprendiéndose, al menos afectivamente, de los bienes exteriores, de modo que no sean obstáculo sino medios para llegar a Dios; a guardar la castidad, consagrando el propio cuerpo y hasta los afectos a Dios; a practicar

del mundo, se refiere al anhelo de ser tenidos y honrados de los hombres vanamente, sin atribuir a Dios, de quien todo lo bueno procede lo que en los otros celebran o aparentan celebrar; y cuando habla de crecida soberbia alude a ese engreimiento en alto grado de sí mismos por las alabanzas y honores mundanos, creyéndose muy superiores a los demás, con derecho para intervenir e imponer su querer en todo, insumisos a toda autoridad humana, y aun despreciadores del mismo Dios: cf. P. José Calveras S. J., *Ejercicios y Directorio de S. Ignacio de Loyola*, Balmes, Barcelona, 1958, p. 111, nota 142.

⁴⁵ *Ejercicios Espirituales* n.º 146.

la obediencia, para que libres de toda voluntad propia, se unan sin reservas al querer de Dios.

Para concluir, el mismo teólogo dominicano relaciona los consejos evangélicos con las *virtudes teologales*. La fe es el alma de la obediencia, ya que la práctica de ésta aumenta el espíritu de aquélla; la esperanza es el alma de la pobreza, por la cual nos sentimos los mendigos de Dios; la caridad es el alma de la castidad, pues por ésta florece en nuestras almas el amor de Dios y de las almas en Dios⁴⁶.

Estas consideraciones nos ayudan a comprender la exactitud de la frase evangélica que cierra el relato de las tentaciones de Cristo en el desierto: "Acabado todo género de tentaciones, el diablo se retiró" (Lc. 4,13). Lo que, en última instancia, el demonio sugirió a Cristo fue que preferirse el espíritu del mundo al divino amor. El Señor le mandó retirarse.

V. EL PRÍNCIPE DE ESTE MUNDO

Es sobre todo San Juan quien con frecuencia presenta al mundo como la creación pero en cuanto que está sometida a Satanás. Se trata sin duda de una idea importante en sus escritos ya que, en una u otra forma, aparece en ellos más de cien veces. El mundo es todo el espacio que está sujeto al poder demoníaco, la creación arruinada por el pecado.

1. El pecado del demonio

Se podría decir que el origen más remoto del "mundo" está en el pecado de los ángeles perversos,

⁴⁶ Cf. R. Garrigou-Lagrange, op. cit., 237-239, 243-245.

en la rebelión de Satanás. Con su grito "non serviam" empieza a actuar el signo menos en la historia. En qué consistió el pecado angélico es algo bien difícil de determinar. Según Santo Tomás, tal pecado se habría concretado en la recusación de la visión-beatífica que la creatura no puede obtener sino por gracia. El diablo habría pecado pretendiendo afirmar su propia independencia respecto de Dios, no en el orden de la naturaleza sino en el de la gracia⁴⁷.

El ángel pecador rechazó así la invitación a participar de la vida divina en la visión beatífica. Para aceptar tal invitación, hubiera tenido que reconocer un valor en el perfeccionamiento que Dios le ofrecía, que trascendía toda posibilidad y exigencia de su naturaleza. Los ángeles, creados no en la visión (en cuyo caso no hubieran podido pecar) sino en la fe, no superaron la prueba de la fe, que exigía la sumisión del entendimiento y de la voluntad a un Dios misterioso, que trasciende cuanto el entendimiento angélico, a pesar de su excelencia, puede conocer sobre Él. Aceptar esta bienaventuranza como un don significaba para el ángel su entrega completa a Dios en orden a recibir de Él como gracia gratuita su propio perfeccionamiento y su fin último, realizando de esta forma totalmente su condición de creatura que depende enteramente de Dios.

Santo Tomás explica de dos modos el rechazo de este don. La primera hipótesis es que el demonio quiso ser semejante a Dios, porque deseó como fin último el que por su mera naturaleza podía conseguir, no considerando y, por consiguiente, rechazando la felicidad sobrenatural, que es fruto de la gracia⁴⁸. La

⁴⁷ Cf. *Sum. Theol.* I, 63, 3.

⁴⁸ Cf. *ibid.*

segunda hipótesis supone que el primer pecado del demonio consistió en buscar la bienaventuranza sobrenatural, pero de manera no recta, no entregándose a la gratuita bondad de Dios sino apoyándose en sus propias fuerzas creaturales⁴⁹.

Y así Satanás “abandonó su domicilio”, como se lee en Judas 6, es decir, se desubicó, se apartó de su verdad ontológica de creatura. Queriendo elevarse indebidamente, acabó por degradarse. Y esta distorsión completa de su voluntad, lo instaló en la mentira. La verdad de un ser consiste en su conformidad con la idea que Dios tiene de él. Satanás trocó voluntariamente esta idea en lo contrario, y por eso es lo opuesto de la belleza, de la bondad y verdad de Dios. Ya no está más en la verdad sino en su propia inmanencia.

Este “abandono de domicilio” tuvo graves consecuencias en el mundo de la creación. La verdad va unida con la vida. No en vano Cristo dijo que era la Verdad y la Vida, a la vez. El demonio, al abandonar la verdad, se hizo enemigo radical de la vida. Así lo afirma San Juan: “El demonio era homicida desde el principio y no se mantuvo en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla la mentira, habla de su cosecha, porque es mentiroso y padre de la mentira”. (8,44). Al querer elevarse hasta el nivel de Dios, según la más pura manera pelagiana, ha quedado fijado en la hinchazón de su soberbia, en su propia mentira. Su pecado, la soberbia erección del *amor sui*, fue tan inmenso que lo constituyó en una especie de anti-Creador, padre de la mentira y del *mysterium iniquitatis*, que empuja hacia el no-ser. Los demás demonios lo siguieron. En torno a Satán se formó una

⁴⁹ Cf. *De Malo*, 16. 3.

especie de ciudad, unida por el odio común, la *civitas diaboli*, edificada sobre la base del rechazo al *amor Dei*.

2. La capitalidad del demonio

Como bien dice Caturelli, no sería legítimo confundir sin más las dos sociedades: la ciudad del diablo y la ciudad del mundo. La ciudad del diablo está formada por Satanás, los demonios y los condenados; la ciudad del mundo, por los hombres polarizados en el amor de sí mismos merced al cual se constituyen en continuadores del pecado del demonio. Sin embargo, la ciudad mundana no puede explicarse si se desatiende el análisis de la ciudad diabólica⁵⁰. Al fin y al cabo, el pecado del demonio es bien parecido al pecado del hombre; su "no-considerar" el bien que se le da desde lo alto, se parece mucho al "desdeñar" adamítico de la orden divina, en busca de una semejanza con Dios lograda sobre la base de la desobediencia y las propias fuerzas. En el pecado del ángel se da la nota típica de la ciudad del mundo, un acercarse a la nada.

Pues bien, a partir del pecado de nuestros primeros padres, y en adelante, se da un imperio efectivo del demonio sobre los amadores del mundo. Si lo que funda la ciudad del demonio es el "amor-sui", la soberbia, no es distinto lo que une a los miembros de la ciudad del mundo, el "amor sui" de las concupiscencias. La ciudad mundana tiene los mismos principios que la ciudad del demonio bajo cuya potestad se desarrolla.

El mundo es el reino impuro de Satanás. Más que un espacio cósmico es el espacio de la sugestión dia-

⁵⁰ Cf. *El hombre y la historia*, Guadalupe, Buenos Aires, 1956, p. 106.

bólica, el espacio de las tres tentaciones del desierto que hicieron caer a nuestros primeros padres y siguen haciendo caer a sus descendientes —fuera del Descendiente divino— mediante las tres concupiscencias. Mundo es la atmósfera atea donde impera la carne y la sangre, el lugar donde triunfa la incitación satánica a “ser como dioses”.

Es satanás, su Príncipe, el que encierra al mundo en su inmanencia y en su odio a la trascendencia. Por eso es el Rey de este mundo, su “dios”, y el mundo está todo bajo el Maligno (cf. I Jo. 5,19). En el mundo domina la “tiniebla”, que es la sombra de Satán; sus obras son obras de tinieblas (cf. Rom. 13,12). De ahí que “tiniebla” sea sinónimo de “mundo”, la zona de poder de Satanás. El que está en la “tiniebla” es él mismo tiniebla, haciéndose uno con el Señor del Mundo. Está contra la Luz, y por tanto contra los hijos de la luz. Nada tiene que ver con Cristo, que es la luz del mundo, y que vino para iluminar las tinieblas, aun cuando las tinieblas no lo recibieron (cf. Jo. 1,4s.).

Transcribamos este respecto un esclarecedor texto de San Agustín: “*Ya viene el príncipe de este mundo* (Jo. 14,30). ¿Quién sino el diablo? *Y en mí no tiene nada suyo* (ib.), es decir, ningún pecado. De este modo da a entender que el demonio no es el príncipe de las creaturas, sino de los pecadores, a quienes ahora les da el nombre de mundo. Y cuantas veces nombra al mundo en sentido peyorativo, alude a los amadores de este mundo, de los cuales está escrito: *El que quisiere ser amigo de este mundo, se hace enemigo de Dios* (Sant. 4,4). Lejos de vosotros entender el principado del diablo sobre este mundo, como si él gobernara el universo, o sea, al cielo y a la tierra y a todas las cosas que hay en ellos, como se dijo hablando de Cristo,

Verbo: *Y el mundo fue hecho por Él* (Jo. 1,10)... De qué manera hay que entender el principado del diablo sobre el mundo, lo declara con evidencia el apóstol San Pablo, después de haber dicho: *No tenemos que batallar contra la carne y la sangre, o sea, contra los hombres, sino contra los príncipes, contra las potestades y gobernadores del mundo, de estas tinieblas* (Ef. 6,12). Añadiendo: *De estas tinieblas*, expresó el significado que daba a la palabra *mundo* para evitar que alguien por la palabra *mundo* entendiese a los seres creados, que en modo alguno son gobernados por los ángeles desertores. *Tinieblas* llama a los amadores de este mundo... Por mundo se entiende los hombres malos diseminados por todo el orbe... En este sentido se le llama príncipe de este mundo, es decir, príncipe de todos los malos que en el mundo habitan”⁵¹.

Se podría decir que toda la humanidad, a partir del pecado de origen, en cierta manera quedó en estado de cautividad, en poder del demonio. Más aún, todos los pecados ulteriores; los pecados personales, permiten al demonio extender su dominio hasta donde se extiende la falta. El mundo, antes de la venida de Cristo, era de algún modo, posesión de Satanás, que dominaba a quienes había conquistado con sus sugerencias, e incluso mantenía cautivos a los justos

⁵¹ *In Jo. 79, 2.* Es Príncipe, dirá S. Tomás, no porque tal dominio le corresponda por derecho, sino porque le ha usurpado, en cuanto los hombres mundanos, despreciando al Señor, se han sujetado al diablo: cf. *In Jo. 12,31*. Y en otro lugar, preguntándose si todos los pecados de los hombres proceden de sugestión diabólica, responde: “Ocasional e indirectamente el demonio es causa de todos nuestros pecados, en cuanto que indujo al primer hombre a pecado, a causa del cual la naturaleza quedó tan viciada que todos quedamos proclives al pecado... Directamente, en cambio, no es causa de todos los pecados a tal punto que sea él quien incite a todos los pecados”: *Sum. Theol. I-II, 80, 4.*

en las mazmorras infernales. Sólo con la venida del Más Fuerte, que vino al mundo para liberarnos descendiendo hasta los mismos infiernos, perdería el Fuerte la radicalidad de su dominio, restringido en adelante a los poseídos por el espíritu del mundo.

Hemos dicho más arriba que la ciudad del mundo abarca a todos los amadores del mundo, a todos los que se dejan imbuir o infiltrar por el "espíritu del mundo". Pero junto con el mundo está la carne y, a través de ella, el pecado y la muerte. La carne es el sentido terrenal del mundo, el sentido humano, animal, que no obedece al espíritu. Satanás, espíritu puro, detenta en el mundo el señorío de la carne. Todos los hombres carnalizados forman en él una especie de contra-cuerpo místico. Asimismo Satanás es el amor del pecado y, por su intermedio, de la muerte —"praepositus mortis", lo llama San Agustín⁵²— que no es sino el salario del pecado. Tras el pecado de origen, Dios pronunció sobre el hombre la sentencia de muerte, lo cual significa que fue entregado al poder del dueño de la muerte: el demonio, remedando la mediación salvífica de Cristo es, en adelante, el mediador de la muerte, el que intenta arrastrar al hombre a la muerte segunda o total por la vía del pecado. Porque la muerte de los hombres carnales es el viraje hacia la ruina total, la definitiva sumersión en la tiniebla; dicha muerte es el desemboque de la creación satánica, del pecado y del mundo, así como de la carne que se ha negado a entrar en comunión salvífica con la carne del Resucitado. La dinámica de la carne, que se despliega en el pecado, concluye en la muerte, y desemboca para siempre en el reino de las tinieblas, en el reino de Satanás.

⁵² Cf. *De libero arbitrio* III, 10, 29.

El demonio es, pues, el Príncipe de este Mundo, bajo cuya potestad estuvo el hombre anteriormente a la venida de Cristo y cuyo imperio no ha desaparecido del todo después de Cristo aunque se ha visto radicalmente disminuido, a tal punto que el hombre puede oponerle con éxito seguro la gracia en virtud de la Redención que le permite liberarse del espíritu del mundo⁵³.

VI. EL ODIOS DEL MUNDO

Ya hemos considerado la radical oposición que existe entre Dios y el mundo. La Escritura misma se encarga de insistir sobre dicha incompatibilidad: "Nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu de Dios" (I Cor. 2,12); "¿No ha hecho Dios necia la sabiduría de este mundo? Pues por cuanto el mundo no conoció a Dios en la sabiduría de Dios por la humana sabiduría..." (I Cor. 1,21); "Porque la sabiduría de este mundo es necedad ante Dios" (I Cor 3,19); "Vosotros estabais muertos por vuestros delitos y pecados, en los que en otro tiempo habéis vivido, según el modo secular de este mundo, bajo el príncipe de las potestades aéreas, bajo el espíritu que actúa en los hijos rebeldes..." (Ef. 2.1-2). Expresiones todas que muestran una antinomia radical.

1. "Si el mundo os odia, sabed que primero me odió a Mí"

Nadie como Cristo, el Amor eterno encarnado, ha sido en este mundo y a lo largo de los siglos objeto de

⁵³ Para este tema tan rico cf. A. Canturelli, op. cit., pp. 101-124.

tantas muestras de amor, y de un amor llevado hasta el extremo, hasta el martirio. Pero hay que decir asimismo que nadie en este mundo ha acumulado sobre sí un caudal tan grande de odio. Su muerte en la cruz —acto supremo de su amor— es a la vez el fruto del odio concentrado de todos los siglos, del odio de los pecadores y del mundo, que se vuelca sin piedad sobre la Persona de Cristo. Pues bien, el odio que el mundo experimenta por los verdaderos católicos está en estrecha continuidad con aquel odio que volcó sobre Cristo. San Agustín lo explica con lucidez: “Debemos soportar con paciencia los odios del mundo, porque necesariamente ha de odiar a quienes sabe que no aman lo que él ama... *Si el mundo os odia, sabed que antes que a vosotros me odió a mí* (Jo. 15.18). ¿Por qué el miembro quiere ser más que la cabeza? Renuncias a ser miembro del cuerpo si no quieres sufrir el odio del mundo juntamente con la cabeza”⁵⁴.

El mundo odia a Cristo porque Cristo lo ha denunciado y desenmascarado. “El mundo me aborrece —ha dicho el Señor— porque doy testimonio contra él de que sus obras son malas” (Jo. 7,7). No impunemente decía a los mundanos: “Vosotros sois de abajo, yo soy de arriba; vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo” (Jo. 8,23). En continuidad con el odio que el mundo contemporáneo de Cristo sintió por su Salvador, el mundo de los siglos posteriores sigue odiando a la Iglesia, su continuadora, especialmente al advertir la idea que la Iglesia tiene del mundo: “Provoca al mundo —escribe el P. Faber— mirando el progreso con ojo suspicaz y con un interés muy inferior al que se le quisiera atribuir; hay en su

⁵⁴ *In Jo.* 87,2.

desprecio del mundo una fe tranquila y apacible muy propia para irritar hasta el exceso a ese poder enemigo”⁵⁵.

Tiene Santo Tomás a este respecto un texto luminoso: “Se puede asignar una triple razón por la cual el mundo odia a los santos. La primera es la diversidad de condición, porque el mundo está en la muerte, y los santos están en estado de vida; I Jo. 3,13: *No os admiréis, hermanos, si os odia el mundo. Nosotros sabemos que hemos sido llevados de la muerte a la vida, porque amamos a los hermanos...* La segunda razón es la displicencia de la corrección. Porque los varones santos no sólo con las palabras sino también con los hechos reprenden los hechos del mundo; y por eso el mundo los odia; Amós 5,10: *Tuvieron odio al que corregía en la puerta; y más arriba, 7,7: A mí me odia, a saber, el mundo, porque doy testimonio de él, de que sus obras son malas.* La tercera razón es la iniquidad de la emulación, por la que los malos envidian a los varones justos cuando los ven crecer y multiplicarse en bondad y santidad; así como los Egipcios al ver crecer a los hijos de Israel, les tenían odio, y los perseguían, Ex. 1,9 ss., y en Gén. 37,4, se dice que viendo los hermanos que José era más amado por todos lo odiaron”⁵⁶.

Si es cierto que el amor brota de la semejanza, no lo es menos que la desemejanza constituye el principal motivo del odio. “La causa por la cual algunos son amados —escribe Santo Tomás—, es su semejanza con el mundo; por lo que se dice: *Si fuiseis del mundo, el mundo amaría lo que es suyo.* Todo ser ama al que le es semejante... Y por esto el mundo, esto es, los que

⁵⁵ *Op. cit.*, p. 378.

⁵⁶ *In Jo.* 15,19; 2037.

aman el mundo aman a los que aman el mundo; por eso dice: *Si fueseis del mundo*, esto es, seguidores del mundo, *el mundo amaría lo que es suyo*, como a suyos, y semejantes a sí... Acá pone la causa por la que los Apóstoles tienen el odio del mundo, que es la desemejanza. Pues dice *Porque no sois del mundo*, o sea, por la elevación de la mente, aunque lo seáis por el origen; más arriba, 8,23: *Vosotros sois de abajo, yo soy de lo alto*; también arriba: *Yo os elegí; por eso*, a saber, porque no sois del mundo, *os odia el mundo*, esto es, los amadores del mundo, como distintos de ellos”⁵⁷.

Es evidente que cuando alguien es odiado por sus propias culpas, ha de encontrar en ello motivo de dolor y de tristeza; pero cuando es odiado por razón de su virtud, no puede menos de alegrarse. Más aún, experimentar el odio del mundo debería ser la máxima aspiración del católico, la fuente de su mayor consolación, ya que dicho odio constituye el signo inequívoco de su fidelidad a Jesucristo. El mismo Señor que profetizó: “Seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre” (Mt. 24,9), es el que dijo: “Bienaventurados seréis cuando os odiaen los hombres” (Lc. 6,22). Escribe el Doctor Angélico: “Acá explica la razón de la consolación, que se toma por la causa del odio. Porque los Apóstoles habían sido elegidos y elevados por sobre el mundo, en cuanto que habían sido hechos partícipes de la divinidad y unidos a Dios, y por eso el mundo les tenía odio; de donde se sigue que el mundo odiara más bien a Dios en ellos que a ellos mismos”⁵⁸. Y también: “Esta es grande consolación para los justos en orden a sostener con fortaleza las persecuciones..., y por eso, según Agustín,

⁵⁷ *In Jo.* 15,19; 2034. 2037.

⁵⁸ *In Jo.* 15,21; 2043.

los miembros no se deben elevar sobre el vértice, ni negarse a estar en el cuerpo, no queriendo sostener el odio del mundo juntamente con la cabeza”⁵⁹.

2. La persecución del mundo

El odio del mundo está en el programa de vida que caracteriza al católico militante. Si realmente éste se ha decidido a vivir el espíritu de Cristo, necesariamente el mundo lo ha de odiar, como odió a Cristo. No es el siervo mayor que su señor. Según lo acabamos de leer en Santo Tomás, es en último término a Dios a quien el mundo odia y persigue, porque no puede soportar la verdad de Dios, la perfección que Dios pide de los suyos⁶⁰.

El odio está en estrecha relación con la persecución. Así como el principio de todos los beneficios es el amor, así el principio de todas las persecuciones es el odio⁶¹. Si la desemejanza con el mundo es la causa del odio del mundo, la semejanza con Cristo lo será de las persecución: “Si a Mí me persiguieron, también a vosotros os perseguirán” (Jo. 15,20). Comentando esta frase escribe Santo Tomás: “Se expresa la semejanza de los santos [con Cristo], porque una misma es la razón de la persecución que desataban contra los discípulos y contra Cristo, porque en los discípulos perseguían a Cristo; Act. 9,14, en la persecución de los discípulos Cristo decía que Él era perseguido: *Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?* por la identidad de la causa se sigue la consecuencia”⁶².

⁵⁹ In Jo. 15,18; 2031.

⁶⁰ Cf. A. Torres S. J., op. cit., p. 447.

⁶¹ Cf. S. Tomás, In Jo. 15,18; 2031.

⁶² In Jo. 15,20; 2042.

Como dijimos al tratar del odio, es importante conocer bien la causa de la persecución, para estar seguro de que se debe a la semejanza con Cristo y no a los propios pecados. Para sufrir santamente la persecución del mundo no basta que el mundo odie y persiga sea como fuere, porque si odia por los defectos que encuentra, tal persecución deja de ser gloriosa. “Cuando Dios permite que el mundo persiga a una orden religiosa porque se ha relajado —escribe el P. Torres—, Dios toma al mundo como instrumento de su justicia para castigar infidelidades. Pero, cuando la persecución es porque se sigue el espíritu de Dios, entonces es cuando la persecución es gloriosa, sin el menor celaje que la empañe”⁶³.

El espíritu del mundo es lo contrario del Espíritu de Dios. No resulta pues extraño advertir cómo el Señor, al anunciar la necesaria persecución del mundo, menciona más de una vez al Espíritu Santo, que es la negación del espíritu del mundo. Será justamente el Espíritu quien argüirá al mundo de pecado, de justicia y de juicio; lo convencerá, como se convence a un criminal, con razones irrefutables, de que el espíritu de sus obras es pecaminoso, de que está lejos de la justicia verdadera que es Cristo, de que ya ha sido juzgado y condenado⁶⁴. Por eso, como afirma el P. Torres, “no tenemos otra cosa que hacer sino procurar vivir con toda certeza según el espíritu de Dios; y si vivimos con toda certeza según el espíritu de Dios, miraremos con desprecio la persecución del mundo, sea el mundo que sea”⁶⁵.

⁶³ Op. cit., p. 446.

⁶⁴ Cf. *ibid.* pp. 445-446.

⁶⁵ *Ibid.*, 446-447.

Nos impresionan las últimas palabras "sca el mundo que sea". Porque, ciertamente, no siempre las persecuciones vienen del exterior de la Iglesia, del mundo que está fuera de la Iglesia; las hay interiores, del mundo que se esconde y anida en el seno mismo de la Iglesia, las persecuciones de parte de los falsos hermanos, de los que comían en la misma mesa con nosotros. Acentuemos este aspecto tan importante como dramático.

En sus meditaciones sobre el Evangelio considera Bossuet el tema de la persecución y comienza refiriéndose a las externas. Señala que la mayor alegría de los Apóstoles radicaba en que el odio de todo el género humano les fuese común con su Maestro. El mundo los odiaba porque ellos descubrían sus malas obras, y el que hace el mal odia la luz (cf. Jo. 3,19-20). El mundo quiere halagadores, no vive sino de las mutuas complacencias; un cristiano no sirve para esto, no entra en tales aplausos. Por eso, agrega Bossuet, qué consolación para un cristiano, para un pastor, cuando no se lo ama, cuando se lo desprecia, cuando se lo persigue y crucifica; otro tanto han hecho con Jesucristo. Y concluye: "Hay un mundo en la Iglesia misma, hay extranjeros entre nosotros. Se los disgusta, cuando se vive y cuando se predica cristianamente. Este mundo es más peligroso de lo que sería un mundo manifiestamente infiel. Dice San Pablo: *Hay peligros adentro y afuera, y del lado de los falsos hermanos* (II Cor. 11,26). *Demas me ha abandonado, dice, por amor de este mundo. Todo el mundo me ha abandonado. Dios los perdone* (II Tim. 4,10.16)"⁶⁶.

El P. Torres nos ha dejado notables reflexiones sobre este aspecto tan delicado pero al mismo tiempo

⁶⁶ Op. cit., La Cena, 2ª parte, día 15º.

tan real de nuestro tema. El Señor, escribe, da por seguro que sus apóstoles se van a ver odiados del mundo. Lo anuncia, y dice que lo anuncia para que luego no se escandalicen (cf. Jo. 16,1-4). Pero hay algo que es menester destacar. Cuando el Señor da por cierto que el mundo perseguirá a los apóstoles, alude, en primer término, a lo que se podría llamar “el mundo religioso” de entonces, el “mundo piadoso”, como lo denomina Torres; alude de manera peculiar a la primera persecución que sufriría la Iglesia, y esa primera persecución vendría precisamente de las autoridades religiosas, del Sanedrín, de los sacerdotes y fariseos, o sea, de quienes entonces representaban la religión. La predicción se cumplió con exactitud. Los miembros del Sanedrín convocarían a Pedro y a Juan al conocer los milagros que hacían y la fuerza de su carácter: “¿Qué haremos con estos hombres? —se dijeron—. Porque el milagro hecho por ellos es manifiesto... Y llamándolos, les intimaron no hablar absolutamente ni enseñar en el nombre de Jesús... Los despidieron con amenazas, no hallando motivo para castigarlos, y por causa del pueblo, porque todos glorificaban a Dios por el suceso” (Act. 4.16. 18.21). Eran inocentes, decían la verdad, la confirmaban con milagros, gracias a ellos el pueblo alababa a Dios... y se los perseguía por todo esto. “Me aborrecieron sin motivo”, había dicho Jesús de sí mismo (Jo. 15,25). La prueba de que el Señor aludía a esta persecución religiosa es muy clara, como lo muestran sus palabras: “Os echarán de la sinagoga”; y también: “Hasta llegará la hora que quienquiera os quite la vida pensará prestar un servicio a Dios” (Jo. 16,2). Por donde se ve que quienes habían de perseguirlos lo harían con el fingido pretexto de servir a Dios, cosa

propia de los que se profesan “hombres religiosos”. Por otra parte tan sólo las autoridades religiosas de Israel podían arrojar fuera de la sinagoga. “Es la persecución de los buenos en su forma más cruda —escribe Torres—, pero son buenos sólo en apariencia. Son hipócritas disfrazados con máscara de piedad”⁶⁷.

Tal tipo de persecución es una de las pruebas más lacerantes por las que puede pasar un seguidor de Cristo. Por aquí había de comenzar la historia de las persecuciones a la Iglesia, en continuidad con la persecución que le da origen y sentido, a saber, la montada contra el mismo Cristo. Porque el Señor fue juzgado precisamente por el Sanedrín, tribunal religioso cuyo oficio principal era señalar al pueblo la llegada del Mesías y adorarlo. Sin duda que para Cristo la condenación como blasfemo por parte del tribunal religioso ha de haber sido la pena más terrible de su Pasión, mucho mayor que la que le pudo haber infligido la condena de la autoridad política, encarnada en Pilatos, o del tribunal popular, concretado en la democracia barrabasiana. Completando en su corazón lo que falta a la pasión de Cristo, experimentarán los apóstoles este tipo terrible de persecución. Tal fue la que culminó con el martirio de San Esteban, la que llevó a los apóstoles ante el Sanedrín para ser azotados, la que decretó el martirio de Santiago. Tal fue asimismo el género de persecución que sufrió San Pablo, aun fuera de Palestina cuando, además del ataque de los gentiles, debió soportar la persecución artera de los falsos hermanos, los judaizantes. Basta leer la epístola a los Gálatas para ver las tretas y miserias de semejante persecución.

⁶⁷ Op. cit., p. 442.

Pues bien, prosigamos con el hermoso y valiente análisis del P. Torres. Esta persecución a que alude en primer término Cristo y que hubieron de padecer los apóstoles, persecución doblemente religiosa —por parte de personas religiosas y por un motivo religioso—, es una constante en la historia de la Iglesia, que se repite en una u otra forma siempre que un cristiano quiere santificarse, siempre que un sacerdote quiere ser de veras sacerdote de Cristo. El P. Torres, a quien seguimos de cerca en estas consideraciones, pone varios ejemplos. A San Benito lo quisieron envenenar los mismos monjes que le habían llamado para que los gobernara. Santa Teresa hubo de soportar la persecución de los “buenos”, hasta de los mismos que por su oficio debían haberla ayudado. A San Juan de la Cruz lo persiguieron primero los calzados, luego también los descalzos, ¡y en qué forma! Sin necesidad de recurrir a la historia, todos hemos sido testigos de alguna de estas persecuciones en nuestros propios ambientes... Si alguien se decide a seguir el camino de la santidad, a practicar con sencillez ciertas virtudes menos simpáticas, como la humildad, la piedad en la oración, o fomentar la sacralidad en la liturgia, pronto encuentra el abandono, la incomprensión, la burla, la oposición de su propio ambiente, del ambiente eclesiástico⁶⁸. Como nos decía un sacerdote amigo: “A veces parecería que hubiese que pedir permiso para ser bueno”. Cuán impresionantemente verdaderas nos suenan estas palabras de la Sabiduría: “Dijeron los impíos: Acechemos al justo, que nos resulta incómodo; se opone a nuestras acciones, nos echa en cara nuestros pecados, nos reprende nuestras

⁶⁸ Cf. *ibid.*, pp. 441-443.

faltas..., es un reproche para nuestras ideas y sólo verle da fastidio; lleva una vida distinta de los demás y su conducta es diferente... Lo someteremos a la prueba de la afrenta y la tortura, para comprobar su moderación y apreciar su paciencia; lo condenaremos a muerte ignominiosa” (Sab. 2,1.12.14-15.19-20). Si es que de veras estamos decididos a servir a Dios con fidelidad, necesariamente hemos de contar con semejante persecución, donde parece concentrarse lo más sofisticado del “espíritu del mundo” y del “mysterium iniquitatis”. Un virtuoso sacerdote, que padeció una persecución de este género, nos decía: “Ahora sí que he conocido el mundo”.

3. Luchar contra el mundo

Si el odio y la persecución del mundo es una constante en la Iglesia, no lo debe ser menos nuestra capacidad de lucha contra “el espíritu del mundo”. Es el mismo P. Torres quien señala el peligro que representa la voluntad de querer vivir en paz con el mundo —extra o intraeclesialístico—, disimulando o atenuando las cosas más contrarias a él. Rehuir el odio del mundo de esta manera, apelando a la prudencia mundana —prudencia de la carne—, es cosa muy fácil y a la vez una tentación muy fuerte. “¿Por qué vivir en la oposición?”, sugiere el mal espíritu. ¿No es más discreto adaptarse suprimiendo las cosas que más hieren al mundo, buscando de algún modo lo positivo del mundo? Cuando entra en el corazón el deseo de buscar “lo bueno” del mundo, señal es de que el corazón ya está lejos de aquella pureza que debía tener, merced a la cual no debería interesarle más que la gloria de Dios⁶⁹. Y

⁶⁹ Cf. *ibid.*, pp. 443-444.

concluye Torres; "Siempre que nos encontremos rodeados de las benevolencias, de las simpatías, del cariño del mundo en cualquier forma que el mundo se presente, ora sea el mundo desenfrenado, ora sea el mundo piadoso, temamos, porque la señal de que se va por el camino de Dios es que le odie a uno el mundo (el mundo en cualquiera de sus formas), y, si falta este odio del mundo, hemos de mirar con cuidado y atención si de alguna manera no nos hemos dejado imbuir del espíritu del mundo y hemos comenzado a hacer paces con él"⁷⁰.

Al odio que nos tiene el mundo debe corresponder nuestro espíritu de lucha. "Ese mundo —escribe Faber— es el que tenemos que combatir durante toda nuestra vida cristiana; nuestra salvación depende de nuestro cuidado en permanecer siempre enemigos suyos. No porque sea el pecado, sino porque es la capacidad de todos los pecados. Es el aire que respira el pecado, la luz en que obra, la capa en donde se propaga y adquiere fuerzas, el instinto que le guía, el poder que le anima. Al cristiano que le observa presenta un conjunto desconsolador; es una especie de Iglesia católica de los poderes de las tinieblas; tiene sus leyes propias, sus principios y sus juicios propios, su literatura, un espíritu de proselitismo y un sistema bien ordenado, que hace de él un todo compacto. Es una falsificación de la Iglesia de Dios y le opone su antagonismo implacable. Las doctrinas de la fe, las prácticas y las devociones de las personas piadosas, las reglas de la vida interior, el mundo místico y contemplativo de los santos, todo lo persigue y hace una guerra a muerte"⁷¹.

⁷⁰ Ibid., p. 444.

⁷¹ Op. cit., pp. 377-378.

La lucha se convierte en un deber, la paz con el mundo en una claudicación. Habrá que evitar toda componenda con él. “El hombre verdaderamente fuerte en el mundo —escribe el mismo Faber— es el que tiene consecuencia, principios seguros y miras bien meditadas. El mundo, como un monarca suspicaz, pide siempre concordatos. Hoy nos propone sus compromisos; mañana será otra cosa... Con principios seguros no nos comprometeríamos de esa manera”⁷². La gloria del católico es ser la negación viva y perpetua de todo lo que sea espíritu del mundo.

Si contemplamos la pasión de Cristo podemos advertir en cada uno de sus pormenores, en cada uno de sus misterios, el odio del mundo a Cristo y el odio de Cristo al mundo, “y que esto sirva —dice Torres— para que en nuestro corazón concibamos un odio muy grande al mundo, digo, al espíritu del mundo. Aunque tengamos un deseo muy grande de que los mundanos se conviertan, como lo tenían los apóstoles, hemos de odiar al mundo y poner nuestra gloria en que el mundo nos aborrezca, nos desprecie, nos odie”⁷³. Para santificarnos hemos de tener los mismos sentimientos que había en el corazón de Cristo, y que Él deseaba cultivaran los suyos. Debemos sentir hacia el mundo el odio que experimentaba Jesucristo, quien venía en él un adversario del Evangelio y, por consiguiente, de las almas. Sin este odio santo no tendremos los sentimientos del corazón de Cristo, no podremos decir que nuestro corazón late al unísono con el corazón del Redentor⁷⁴.

⁷² Ibid., p. 401.

⁷³ Op. cit., p. 447.

⁷⁴ Cf. *ibid.*, pp. 411.

VII. CONCLUSIÓN

Para redondear el tema nos hubiera gustado estudiar el modo como se puede compaginar la “consecratio mundi” con la “fuga mundi”, el estar en el mundo sin ser del mundo. Pero la tiranía del espacio nos lo impide. Cerremos pues nuestras reflexiones con algunas puntualizaciones finales.

1. La crisis de nuestro tiempo

Afirmaba el P. Faber que “uno de los síntomas más espantosos de nuestro estado es que temamos tan poco al mundo, y él mismo es el que ha sabido imbuirnos esa fatal seguridad”⁷⁵.

Esto lo decía Faber en el siglo pasado. En nuestro tiempo el síntoma se ha hecho aún más grave. Ya hemos señalado que la palabra “mundo” encierra dos sentidos: el mundo bueno, hecho por Dios, y el mundo perverso, el que engendra “el espíritu del mundo”. Pues bien, como dice Maritain, hoy no son pocos los cristianos que se “arrodillan ante el mundo” y, si hacer distinción entre el mundo bueno y el mundo malo, insisten en la necesidad de “abrirse al mundo”, de “adaptarse al mundo”, etc.⁷⁶. Sin duda que muchos afirman esto con buena intención, con el deseo sincero y real de allegarse al mundo para convertirlo. Pero cuando no hay el suficiente discernimiento, tal actitud acaba por ser altamente peligrosa.

Pregúntase Maritain cuál será la causa de este desprejuiciado *arrodillarse ante el mundo*, incluso a

⁷⁵ Op. cit., p. 380.

⁷⁶ J. Maritain, *El campesino del Garona*, Desclée, Bilbao, 1967, pp. 89 ss.

veces en personas aparentemente espirituales. Y se responde que en el origen de esta actitud late un error, una confusión de los dos significados de la palabra "mundo", mundo bueno y mundo adversario de Dios. Entremezclando las dos acepciones, imaginando que el reino de Dios no se distingue del mundo y que el mundo reabsorbe en él a la Iglesia, tendremos que el mundo es el reino mismo de Dios, un mundo en devenir, que no tiene ninguna necesidad de ser salvado desde arriba. Dios, Cristo, la Iglesia, los sacramentos, acaban por hacerse inmanentes al mundo. ¡Que deje, pues, la Iglesia de enseñar a las naciones, como se lo ha mandado el Señor, sino que sea al contrario enseñado por ellas, que no intente salvar al mundo sino que se deje salvar por el mundo!⁷⁷. La herejía pelagiana se ha infiltrado en el cristiano moderno, sin que él se aperciba de ello. En continuidad con la teoría rousseauiana, ya no se tiene en cuenta el estado enfermo y caído en que viene el hombre a este mundo. De allí la irrestricta y optimista exaltación del hombre, del mundo y de la historia.

Los cristianos de esta tesitura no pueden, como resulta obvio, considerar al mundo en forma inamistosa, y el mundo tampoco se ve forzado a considerarlos enemigos. Esto es algo sumamente grave. Si el mundo no persigue al cristiano, quiere decir que la cosa va mal, que éste no es verdadero discípulo de Aquel que dijo: "Si a Mí me persiguieron, también a vosotros os perseguirán" (Jn. 15,20). San Pablo es terminante: "Los que quieran ser fieles a Dios en Cristo Jesús, tendrán que sufrir persecuciones" (II Tim. 3,12). La persecución, la posibilidad del martirio es el test del verdadero católico. El ser odiado y perseguido por el

⁷⁷ Cf. *ibid.*, p. 97.

mundo constituye la prueba de la autenticidad cristiana. El cristiano tendrá que abrirse al mundo, sí, pero como Cristo, para salvarlo, no para perder la propia identidad.

El "Osservatore Romano", en su edición francesa del 16 de noviembre de 1982, publica un artículo del Cardenal Suenens, el único sobreviviente de los cuatro cardenales que fueron "moderadores" en el último Concilio, titulado "Vatican II, vingt ans après". Su contenido es tan interesante para nuestra materia que quisiéramos darlo a conocer a nuestros lectores.

Dice allí el Cardenal que el tema fundamental del Concilio fue el misterio de la Iglesia. Pero, observa, si la Iglesia es Cristo comunicado en el Espíritu, resulta a priori verosímil que estará expuesta, hasta el fin de los tiempos, a los ataques de aquel que la Escritura llama el Adversario.

Y de hecho, advierte, no se puede leer el Evangelio sin quedar impresionado por la presencia del Malo y de su oposición a Jesús. Desde la primera hora tal enfrentamiento es constante. Si sacásemos los versículos del Evangelio que tratan del demonio, cometeríamos una verdadera mutilación, porque Jesús habla de ello en momentos de primordial importancia. Es cierto que Cristo ha prometido que las fuerzas del mal no prevalecerán sobre la Iglesia, garantizando así la victoria final, pero no lo es menos que pide a los suyos permanecer vigilantes.

Al día siguiente del Vaticano II, constata el Cardenal Suenens, hemos entrado, si no en la noche oscura de la fe, al menos en la noche oscura de la esperanza, tanto a escala del mundo como de la Iglesia. "Basta mirar a nuestro alrededor para descubrir un mundo en progreso, si duda, en algunos planos, pero en otros, trágicamente

tenebroso, suicida, apocalíptico". No es otra cosa que "el pecado triunfante donde se esconde el Príncipe de las tinieblas bajo múltiples camuflajes". Y agrega: "La amplitud y acuidad de nuestros males invita a nombrar y a desenmascarar la influencia perversa del enemigo de Dios".

Por cierto que no es el Concilio el culpable de tal "inconsciencia" colectiva. Para mostrar lo contrario, Suenens nos remite al Concilio mismo, e incluso a la Constitución "Gaudium et spes", aparentemente el documento más optimista del Concilio respecto del mundo, y cita algunos de sus párrafos, por ejemplo el siguiente: "A través de toda la historia humana se da una dura batalla contra el poder de las tinieblas, que, iniciada en los orígenes del mundo, durará, como se dice el Señor, hasta el día final. Enzarzado en este combate, el hombre ha de luchar continuamente para acatar el bien, y sólo a costa de grandes esfuerzos, con la ayuda de la gracia de Dios, es capaz de establecer la unidad en sí mismo" (nº 37). Asimismo la "Lumen gentium" exhorta a los laicos a "luchar con un esfuerzo continuo contra los soberanos de este mundo de tinieblas, contra los espíritus del mal" del que habla Pablo en su epístola a los Efesios (nº 35). Y en el decreto "Ad gentes" se dice que Dios decidió enviar "a su Hijo en carne nuestra, a fin de arrancar por Él a los hombres del poder de las tinieblas y de Satanás" (nº 3).

El Cardenal deplora el hecho de que se escamoteen estos textos conciliares. "Hay que remar a contracorriente —dice— para afirmar aún hoy que este combate espiritual es real, y que sólo él da la verdadera dimensión a nuestra historia, incluso contemporánea. Hay una suerte de *vacuum* en nuestra enseñanza a

este respecto en tal grado que el tema es a la vez impopular y delicado de exponer. Creo, por mi parte, y ello por múltiples razones, que hay que romper esta 'conspiración del silencio' que es ella misma un engaño demoníaco. Confieso sin ambages que en mi ministerio pastoral casi no he puesto de relieve este papel del espíritu de las tinieblas, y creo que hoy es mi deber llamar la atención sobre ello. Con este fin acabo de publicar un libro: 'Renouveau et puissance des ténèbres', para destacar la realidad y el poder de las potencias del mal y orientar algunas prácticas pastorales. Un importante prefacio del Cardenal Ratzinger, prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, me aporta el preciso apoyo de su autoridad. Allí expreso con angustia mi preocupación pastoral".

2. Una reflexión final

Las palabras del Cardenal Suenens nos confirman en la oportunidad de haber escrito sobre "el espíritu del mundo", un tema de tan difícil tratamiento como de estricta actualidad.

Será menester enfrentar con todos los medios a nuestro alcance la infiltración de dicho espíritu sabiendo que "el espíritu del mundo —como escribe Faber— no exige más que una condición para triunfar, y es la de que no le temamos"⁷⁸.

Y, en última instancia, no queda sino confiar en la tajante afirmación de Nuestro Señor: *Ego vici mundum*. Yo he vencido al mundo (Jo. 16,33), afirmación que así comenta Santo Tomás:

"Cristo ha vencido al mundo, primero quitándole las armas con las que lucha: éstas son sus concupiscibles; I Jo. 2,16: *Todo lo que está en el mundo,*

⁷⁸ Op. cit., p. 391.

o es concupiscencia de los ojos, o concupiscencia de la carne, o soberbia de la vida; porque venció a las riquezas con la pobreza; Ps. 85,1: *Indigente y pobre soy yo;* Lc. 9,58: *El hijo del hombre no tiene dónde reclinar su cabeza.* Al honor por la humildad; Mt. 11,29; *Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón.* A los placeres por los padecimientos y los trabajos; Fil. 2,8: *Se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz...* Porque así venció a estas cosas, venció al mundo: y esto es lo que hace la fe; I Jo. 5,4: *Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe:* porque siendo la sustancia de las cosas que se han de esperar, que son los bienes espirituales y eternos, nos hace despreciar los bienes carnales y transitorios.

“Segundo, venció al mundo, derrocando al príncipe del mundo; más arriba, 12,31: *Ahora el príncipe de este mundo es echado fuera;* Col. 2,15: *Despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando de ellos en la cruz.* Literalmente, después de la pasión de Cristo, las jovencitas esclavas de Cristo y los niños se burlan de él.

“Tercero, convirtiendo así a los hombres del mundo. El mundo se rebelaba moviendo sediciones por los hombres del mundo, a los que Cristo atrajo hacia sí; más arriba, 12,32: *Cuando fuere elevado desde la tierra, todo lo atraeré a mí;* de donde, más arriba, 7,19: *He aquí que todo el mundo se vas tras él*”⁷⁹.

P. Alfredo SAENZ

⁷⁹ In Jo. 16,35; 2176.